

LISTA DE CLASES

(FRAGMENTO DE UN ENSAYO DE NOVELA)

P o r M I G U E L N. L I R A

TENIA veinticinco años. Un caso fortuito, —azar, destino y tiempo,—lo hizo Profesor de Literatura en la Universidad.

Años atrás, todos sus esfuerzos se habían agolpado para obtener esa categoría benéfica a su pobreza y transparente a su espiritualidad. Eran entonces orgullo y fortuna que convergían y que eslabonaban las horas—tan altas—de su adolescencia. Todo obstáculo fue sacudido en sus cimientos. Las bardas cayeron. Las sombras fueron abriendo las puertas al horizonte que entraba. Pero la categoría quedó más allá de los sueños envuelta en un velo de niebla, lejana y próxima.

Todo lo había perdido. El polvo sutil y brillante de los calendarios agrupó en orden cronológico los intentos y los caminos, y se tendió en la conformidad cotidiana e irreparable. Sin embargo, esperó con la constancia de la araña, que hace y rehace su tela inconsútil y ligera bajo la atmósfera de cualquier instante. La espera nada significaba a su voluntad porque era una de tantas modalidades que habrían de surgir en el proceso de sus anhelos. Además, sus ojos y su corazón que organizaban la estructura de sus emociones, tenían ya el don en jerarquía de su propio contentamiento.

Se fijaba: La nube pequeña que cicatrizaba en el cielo la lesión azul de los sentidos—color, hondura—. El viento que rasgaba la intemperie del Sur al Norte. El Norte que terminaba el concepto de tierra y que era el génesis de la montaña en punto de apoyo al cielo de Dios. Todos estos motivos de cielo e infinito presidían sus actos, y llegaron a ceñirlos de tal manera que empezó a reunir, en versos de arquitectura libre, las vibraciones de la luz con el silencio de los ojos y el trino de todas las aves con el concierto de las selvas.

De ahí surgió su condición de adicto a las formas e ideas puras. De ahí también su amanecer de Profesor de Literatura.

Quería enseñar. Tener el privilegio de dar a las palabras la virtud de armonizar los frutos con el cuerpo de la mujer. La línea no era—en su filosofía—una sucesión de puntos. Había en ella, —más trascendente, más equilibrado—la conjun-

ción de la sonrisa de Dios con la sonrisa de la primer mujer, es decir, la luz y el fuego.

Esto habría que explicarlo. La montaña se curva y se quiebra a los ojos. Pero la montaña está llena de secretos y es omnipresente; por lo mismo no encaja dentro de la concepción elemental de línea. El mar, por el contrario, crea conflictos y escarcha olas. En una forma, domina la voluntad del hombre, la aniquila en su furia; en la otra, asciende al color y se verifica de tonalidades, se completa de luces. Luego entonces el mar es una línea. La palabra misma, por las inflexiones de voz que la pronuncian, nace enferma o se desborda de salud. En uno y otro caso se aparta del principio que no permite los justos medios sino los extremos. En cambio la mujer ondula sus perfiles, rompe al dolor y compromete la estabilidad de las cosas. Precisa entonces considerarla como una línea, y por lo mismo unirla con el mar.

En tal forma se ajusta la naturaleza y encarna la manzana desprendida del árbol por el tacto de las manos ávidas de espasmos y próximas al alumbramiento del cielo y la tierra—mujer y mar,—y aún del horizonte, ficticio a las miradas, pero fundamental para los cálculos de la ciencia y para las demostraciones de los catálogos de geografía escolar.

Todo esto habría que estudiarlo en el transcurso de las cátedras. Modelar la enseñanza al principio de la línea. Medir a los generadores de poesía bajo el sistema de las equivalencias apropiadas. El que escribió su pensamiento en curva, con rodeos de falso origen, habría que sumarlo a la montaña y en consonancia con ella, desalojarlo del plano de los conceptos puros. Acaso, en esta valorización, surgiera el creador de problemas y autor material del encrespamiento de las olas. Este sería—mar, hondo y lejano mar—el vértice de los orgullos. Quizá también apareciera el mutilador de los dolores que habría que comprender, entre los ojos claros del niño y la flor que revienta en el crepúsculo eléctrico del campo. Surgiría también el niño, neutro de montaña y mar. En sus labios jugarían las olas y con sus manitas acolchonadas reptaría la cumbre de las elevaciones. Nadie detendría sus impulsos. Lo mirarían llegar a lo

alto, y hasta ahí enlazarian las palabras para formarle una escala fácil a su descenso. Niño ya en la tierra, jugarían con él la ronda de las comprensiones y cerrarian el círculo de la nueva teoría. En esta forma quedaba establecida su filosofía. Los que fueron y los que solamente se quedaron en intento. Las realizaciones, es decir, las líneas, quedarían sujetas a la valorización detallada y precisa del estudio, de la meditación y del tiempo. Él se consideraba entre las líneas por encima de toda crítica y todo puritanismo. Tenía ya elaborado el alegato de su defensa: cambiar la primera persona por la tercera, y arrojar todas las presunciones autobiográficas a ésta, que por lo vaga e imprecisa podría salvar las murmuraciones y el pecado de la creencia en sí misma.

* * *

La mañana de su iniciación como Profesor de Literatura le dió el motivo de un paisaje. Podía recogerlo en sus manos, pero sus ojos se adelantaban a su pensamiento y se llenaban de aire tenue, de verde intangible, de transparencia diurna. Tuvo así la sensación de ligereza y claridad conjuntas. Sus pasos no se oían; por entre su cuerpo podían filtrarse las cosas: Aquel automóvil de vivo color azul, aquella iglesia incrustada en azulejos y hasta cuya torre podía llegar en vuelo de golondrina; hasta la misma arquitectura sobria y magnífica del edificio de la Escuela, se deslizaban por entre sus brazos, cruzaban su pecho, dividían su corazón. Sólo un impulso bastaba para que pudiera llegar hasta el cielo, caer en una nube y confundirse en humo.

Todas estas circunstancias las analizó en el reposo concentrado y llegó a concluir que eran causantes de alegría.

En otra edad, lejana por los días fallidos, la alegría se manifestaba en actos menos trascendentes y concretos. Era el lugar común de las palabras y los hechos. Así lo había considerado y nunca como expresión del espíritu o como corolario cerebral. Ahora ya conocía dos nuevas variantes que volatilizaban y traslucían la vida. Las dos las aceptaba en su análisis porque eran la alegría misma y porque ese día, dentro de sus reflexiones, quería acceder a todos los absurdos, aun cuando simplemente fueran desarrollo de la imaginación.

Su noche última, sofocada en el silencio de su casa, frente al jardín que manos piadosas fueron recortando y en donde sintió por primera vez cómo crecía y se imponía el olor de la madreselva al perfume de todas las cosas, tendió su teoría entre el futuro y su conciencia, y formó así el puente

por el que habrían de cruzar sus inquietudes y sus anhelos, confundidos ahora en la verdad de lo que se advierte con los ojos y se ajusta en el hueco de las manos. No le importaba el esfuerzo que se le venía encima, porque su juventud había recibido, de pronto, la vertical lluvia de Dios que refresca la tierra y que limpia el verde acitronado de las hojas de todos los árboles. Tierra y elemento que formaron su nueva personalidad y que le ampliaron el horizonte.

La selva y el mar tienen un límite propio, pero el día y la noche ruedan incansables por el mundo y sólo están separados por el parpadeo del amanecer. Y él se consideraba como correlativo de estos dos movimientos de rotación y por lo mismo, inseparable de la vida que se le abría, fresca y fecunda, en una espontaneidad de granada.

* * *

Desde la calle, la arquitectura eclesiástica de la Escuela se le echó encima. Fue como si de pronto hubieran caído sobre sus ojos, sobre sus manos y sobre su corazón, el tezontle y la piedra que la formaban. El reposo, bruñido por los años, había hundido en la distancia su perspectiva, pero en la puerta, amplia y esbelta, el reposo se detenía y se untaba, ya dentro, en la triple arquería que estaba en el secreto de todo.

Caminando, oía sus pasos junto a su corazón que le dolía de nostalgia. Quería recordar. Hacía mucho tiempo que no se recordaba niño. Le precisaba imaginar cómo eran sus amigos, sus maestros, la escuela, cuando él apenas rodaba sus quince, diecisiete años...

Como siempre, sus ojos se adelantaron a su pensamiento. Cuando intentaba indagar su actitud al cruzar por primera vez el umbral de la puerta, sus ojos ya estaban fijos en el tablero del patio y repasaban, nuevamente, la lección de aritmética primaria que en otros días fue su obsesión y que lo hacían contar las piedras bicolors de toda su superficie.

El número era el mismo. Lo recordaba bien. Estaban un poco más pulidas por el contacto de los hombres, pero conservaban aún la misma uniformidad de color que les había conocido y todavía, la del centro, retenía la argolla de fierro empotrada que muchas veces en su infancia quiso levantar para ver si existía en el fondo el fuego sagrado o para convencerse de que al otro lado de la América había mar, y tierra, y hombres. Nunca pudo conseguirlo, pero el afán insatisfecho quedó fijo a la piedra que ahora volvía a mirar y que nuevamente le traía la duda de lo desconocido.

Del patio, sus ojos saltaron a las ventanas hendidas en los muros. Todo igual. Los mismos cristales rotos. El mismo número de ventanas. Nada cambiaba su recuerdo. Llegó a pensar, más cerca de ellas, más próximo al pasado, que todavía guardaban el calor de sus amigos. De ellos tenía la claridad en su memoria. Los veía a todos, como en un sueño, ágiles e íntimos. Oía sus palabras inesperadas, fatigadas por el esfuerzo de la imaginación. El no se hallaba en esa distancia de su memoria, pero oía su voz desvanecida y escuchaba su nombre. Sintió curiosidad por encontrarse, concretar los labios que brotaban su voz, la que él sabía que era suya en la vigilia y en el gozo. Pero el intento se le pegaba a las palabras y sólo encontraba el afecto de las ventanas y los contornos de sus amigos que se resbalaban en un vacío de sombras. Y él no podía retenerlos ni en la vida ni en las manos porque en ese instante se le nublaban su presencia y se sentía, doblegado, náufrago de un mar turbio. Ellos se perdían irremisiblemente en caminos equidistantes. Se separaban sin contrariedad, se apartaban de las ventanas que alguna vez,—la lejanía las hacía presentes—los volvería a unir en un retorno comprensible. Ninguno se miraría con recelo. Nadie diría la amargura, la ausencia o la reconvención. Se agruparían en palabras junto a los cristales rotos, y nuevamente—los ojos, el corazón—sentirían el presagio de la amistad suspensa. Y entonces, él se descubriría entre ellos y oiría su voz, que ahora se le perdía como en los pliegues del sueño.

Este recuerdo lo acercó al salón de clases que iba a ser suyo por unos días. Había una luz clara y un rubor incipiente en el temblor de las manos.

El salón era el mismo que retuvo en otras horas sus ansias. Ahí conoció—las palabras estaban en Florencia—el valor impulsivo de Benvenuto Cellini y oyó al Maestro.

El Maestro está tranquilo en el hueco definitivo de la tierra, dentro de la muralla cantante de los frescos que purificaron su espíritu con el amor infantil de los dioses extáticos de la alba iglesia, a la que quiso llegar, en una mañana de campo, con un distintivo de azahar en la solapa.

* * *

El salón tiene dos ventanas que ven al patio y que recortan dos arcos de cielo. La negrura de las pizarras encuadra las paredes y frente a sus ojos los mapas cuelgan los continentes y el mar.

El siempre había concedido al mar el color de un mapa-mundi. No podía ser de otra manera. Había conocido—agosto sin mariscos—unos ojos que

se habían bañado en mar y que habían escondido en las pupilas dos gotas de su agua. Y esos ojos tenían el color de un mar de mapa-mundi.

El supo después que los ojos y los mapas mentían.

Una tarde le presentaron al mar. Lo vió con toda su mirada, suspendió el ritmo de sus párpados para sentirlo mejor en su extensión líquida, en su olor de molusco y de pescado. Tuvo así la seguridad de no conmoverse ante él, de no causarle el elogio de su asombro. Le pareció lineal en su oleaje y su marea. Lo creyó representativo de su teoría. Pero se sintió defraudado en el color. El mar era verde en su centro, azul oscuro en su lejanía, agua de botellón junto a la arena. No tenía el claro azul uniforme de un mapa-mundi; no era él a quien anunciaban los ojos que conoció. En vano quiso equivocarse; inútil su ruego para que se dejara ver en el color acuático de la cartografía. El mar se acostaba a sus pies, se erguía luego y se levantaba en ola verde de gozo. Era su disculpa y su reproche que él entendía y que no objetaba, porque era el mar la ganancia a su servicio literario y el índice de su distribución lineal. Por eso fue que sus labios se sellaron y proveyó al mar—sólo para él—de un íntimo y claro azul de mapa. Desde entonces no le sorprendió ya más que el mar tuviera policromías en sus escamas. Para él tendría siempre la tonalidad que mejor lo representaba, que más carácter de mar le adquiriría.

Alguna vez, junto a la isla de Janitzio, cercada de redes pescadoras, encontró que el agua no era azul y que, por lo mismo, los lagos no debían tener fijado en los mapas el color de mar que los dibujantes, y sólo ellos, les otorgaban. El mar, sin su color de mapa-mundi, no se entendía mar; en cambio, un lago se adivinaba lago, aun cuando brillara en el naranja que advirtió junto a Janitzio.

La misma observación habría que hacer respecto a los continentes y a los países. ¿Por qué llenaban el territorio de Rusia de un desleído color rosa? El nombre de Rusia en sí es la palabra rosa, pero esto no da margen para que por parecidas las palabras, por vecinos los nombres, se imprima a una extensión de tierra un color que no le corresponde ni por la psicología de su pueblo, ni por su raza, ni menos por su estructura pública. El color rosa estaría bien para el principado de Mónaco, para el país de Cenicienta, o para alguna de esas naciones de post-guerra que tienen nombre de borlas para polvo: Estonia, Lituania, Albania. Rusia necesitaba la fuerza de un color más vivo. Rojo no, porque se incurriría en el error de juntar el pasado con el presente, unir la tradición con la sangre, ayuntar el agua con el incendio.

Negro tampoco, porque era tanto como enviudar a Rusia antes de ser doncella. Sólo el morado respiraría su ambiente y fijaría su novedad. El morado es un color lleno de dureza, pero convencional. Puede interpretar al niño que gime en los brazos de los soviets, como asociar el recuerdo del Zar con los vestidos talaros de los "popes". Sería llanura y tumba. Correría en las estepas y caería de rodillas en la plaza de Moscú o frente al cuerpo embalsamado de oraciones de Nicolás Lenin. Y entonces todos quedarían complacidos. Pero los dibujantes no entienden de estas cosas. Por eso es que a Alemania la realzan en verde y a España en amarillo. Debía ser lo contrario. Alemania bebe cerveza y tiene un museo de condecoraciones de oro de Guillermo de Hohenzoller. España tiene sus olivares, los ternos de sus toreros y a Juan Ramón Jiménez que compendia el campo y el jardín. Sin embargo, los dibujantes de geografía trasplantan a España el pectoral dorado de Alemania y a ésta la heredan de palabras con rumores de huerto y con aristocracia de banderillas. Pero es que los análisis y las asociaciones de ideas no son propias de los irresponsables. ¿Qué culpa tienen ellos de conocer la configuración de un Estado, marcarle sus límites y untarle sus costras de pintura? ¿Por qué tomarles a mal que levanten en un Continente sus cordilleras y hundan sus altiplanicies? La línea del ferrocarril ya está tendida y va atravesando comarcas de producción variada. En el mar, las vías de navegación fijan sus redes y prenden en ellas las constelaciones de las islas distantes. América tiene las islas alineadas en edad y tamaño: Cuba y Haití; Puerto Rico y Jamaica. Todas resaltan verde tropical, en palmeras y en vuelos de pericos. El color les produce sono-

ridad y la voz que repite sus nombres se llena de un dulce sabor de menta.

El así lo siente, porque masca un monosílabo antillano: Haití. La palabra es bela y tiene una grata música al oído. La repite otra vez: Haití, con voz grande y alta. Entonces descubre que su voz suena bien y que tiene un matiz desconocido para él.

Muchas veces un vidrio, un espejo, la lente de una cámara fotográfica le dió a conocer su rostro y las colinas de sus cejas. Otra vez su pueblo bañado de romance le mostró su pensamiento y halló también que su corazón tenía la ingenuidad de su Plaza de Armas abierta al aro del niño. Pero su voz estaba constituida en las sombras.

Y he aquí que de pronto una palabra le suena al oído su voz, y encuentra que su voz es breve y que tiene la leve música del nombre de la Isla Mágica de Seabrook, con su "vaudou", su culto a los muertos, su Papa Nebo y el charol de sus negros caribes. Haití de cinco letras. Haití en miniatura perdida en los meridianos. Haití que era su propia voz y que proyectaba en sus labios la sencillez de lo humilde y de lo desconocido.

No recordó ya que frente a él, en el salón de dos ventanas, tenía pendientes y suspensos los ojos de sus alumnos. ¿Eran ellos los que iban a recoger su voz? ¿Podrían acaso significarle la obsesión que una palabra le había aclarado? Los ojos se juntaban en parejas y se alejaban en colores. El mar estaba en ellos dividido en variantes. El fondo espeso en la obscuridad de los lejanos; la luz de playa en el nivel de los que iluminaban las ventanas; Haití, su voz y el mapa mundi en los ojos centrales que interrogaban su silencio y que disponían el equilibrio de todo.

X---E---Y---U

RADIO--UNIVERSIDAD--NACIONAL

UNA RADIODIFUSORA CULTURAL

PROXIMA INAUGURACION